

EDITORIAL

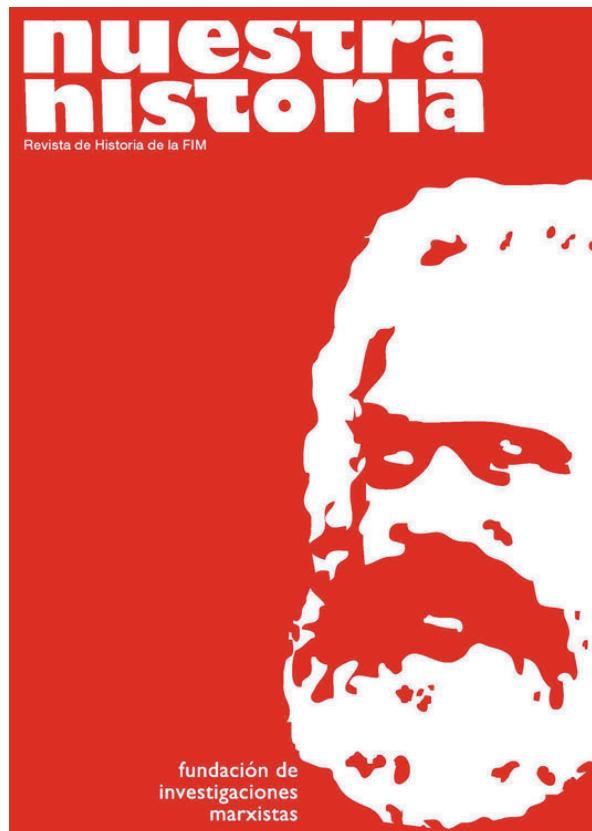
Número 19

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

En pleno ascenso de los fascismos históricos, Bertolt Brecht hablaba de «malos tiempos para la lirica», en los que parecía necesario posponer el «entusiasmo por los naranjos en flor» ante «el horror por los discursos del pintor de brocha gorda» (Hitler). En 1945, respiraba aliviado porque los pueblos hubieran «tenido la última palabra»; pero —agregaba— «que nadie cante victoria a destiempo», porque «el vientre de donde surgió la bestia inmunda todavía es fecundo».

Las luchas populares y el temor al contagio soviético obligaron a los poderes económicos y sociales engendradores de la bestia, al menos en una parte del mundo, a hacer concesiones, que durante algunas décadas alimentaron la ilusión de la compatibilidad del capitalismo con la democracia y las libertades, los derechos de los pueblos y un cierto bienestar social. Sin prosopopeyas ni exageraciones dramáticas, son todas esas conquistas las que parecen encontrarse de nuevo en juego.

En efecto, vivimos, con la barbarie genocida de Gaza, la expresión extrema de una lógica criminal propia de un colonialismo de asentamiento, asociado a un supremacismo que se sustenta sobre una densa mitología histórica de «pueblo elegido». Con la «era de Trump» y el auge de la extrema derecha, asistimos al más intenso y desca-



rado intento de poner fin a un orden internacional que, sin ignorar sus carencias y contradicciones, mantenía al menos en su retórica principios de libertad y autonomía de los pueblos y una afirmación enfática de las libertades y los derechos humanos; la mera aceptación de esos principios no suponía su cumplimiento, pero abría un marco de posibilidades más favorable para exigir su aplicación práctica.

El proyecto europeo, tampoco exento de ambigüedades y proclividades imperialistas, proclamaba, con todo, la primacía de valores democráticos y un orden mundial consensuado y pacífico, que tras la Guerra fría parecía avalar un sistema multilateral más favorable al conjunto de los pueblos de los demás continentes. Ahora la mitificada Europa unida se desmorona ante su complicidad con Israel (hijo, al fin y al cabo, del colonialismo europeo), encarcelando a quienes se atreven a protestar por la pulsión genocida del sionismo. A la vez, Europa se empeña en difundir un mantra belicista carente de bases reales que lo motiven, pero propagado como un nuevo y peligroso «sentido común»; paralelamente, y en relación con ello, acentúa su tradicional sumisión a la OTAN, organización militar que sigue —como siempre— al servicio del imperialismo norteamericano, y de paso, no desaprovecha ocasión de desprestigiarse rindiendo un abyecto vasallaje a la potencia occidental dominante, en la persona del nuevo «emperador», que no ahorra humillaciones, burlas y ataques a la dignidad de sus vasallos, a la vez que les impone sus políticas comerciales.

Entretanto, en nuestro propio suelo, los amigos y colaboradores solidarios de este nuevo orden mundial consideran llegado su momento, defendiendo —como sus colegas de otros países— políticas de xenofobia exacerbadas, así como todo tipo de violaciones de derechos políticos y sociales, en la medida en que poseen posiciones de poder. Su actuación política, aprovechando algunas debilidades del principal partido gobernante, se escora cada vez más a las «guerras culturales» de la extrema derecha, incluyendo la reivindicación velada o explícita del franquismo y convirtiendo la política en un lodazal cotidiano. Un espectáculo despreciable que desprestigia cada vez más las instituciones y alimenta «apoliticismos» manipulables en su favor.

¿Qué hacer ante todos estos procesos, que en pocos años se han ido difundiendo a enorme velocidad, paralelamente a la crisis o la paralización de las fuerzas democráticas y de la izquierda en sus diversas variantes? El debate no es fácil, y menos aún su articulación en forma de política práctica. Los/as historiadores/as comprometidos/as con la defensa de las libertades y las ideas emancipadoras también tenemos una responsabilidad, en cuanto que disponemos de recursos que aportar a la reflexión sobre el mundo que vivimos y, lo que es peor, previsiones verosímiles sobre el que se nos avecina. Por lo pronto, como decía el historiador marxista Pierre Vilar, podemos enseñar a «pensar históricamente».

No debemos entender por ello aceptar sin más analogías o —lo que es peor— identificaciones estrictas y ahistóricas con fenómenos similares del pasado. La extrema derecha actual no es idéntica al fascismo de la década de 1930, por más que se encuentren semejanzas en su código de valores y algunas de sus políticas, pero también diferencias. Ni el «apaciguamiento» de los gobiernos títeres europeos con Donald Trump es lo mismo que la «capitulación» de Múnich de 1938, ni el delirio armamentista actual se identifica del todo con el de las distintas etapas de la Guerra fría. Sabemos que, en cada época histórica, el capital busca la mejor forma de aumentar las tasas de explotación e imponer su hegemonía; o de eliminar las protestas mediante el uso, más o menos acentuado, de la violencia o la represión.

Sin embargo, la Historia tiene muchos instrumentos que ofrecer para ayudar a esclarecer los peligros de nuestro tiempo, desentrañar los mitos que los justifican, o desvelar las imposturas de la «posverdad» que domina los nuevos medios de comunicación; el ya mencionado Pierre Vilar hablaba del aprendizaje que la Historia

ofrecía para «leer un periódico», es decir, para desvelar las mentiras que justifican la legitimidad y la práctica del sistema. Los historiadores no somos suministradores de saberes «asépticos» o inocuos; aspiramos a una verdad siempre en construcción, que, como tal, es, en definitiva, según decían Lassalle o Gramsci, revolucionaria. Formamos parte de una batalla ideológica en la que la defensa de las conquistas democráticas y sociales no puede desligarse de la lucha por ampliarlas y profundizarlas, avanzando hacia un proceso de transformación social que nos lleve a un mundo más justo y a una sociedad libre e igualitaria. La reflexión crítica que la Historia ayuda a proporcionar no es, en ese sentido, desdeñable. El resto, la acción —que no es posible sin la reflexión— les corresponde, como diría Brecht, a los pueblos.

En cuanto al contenido, este número nº19 de *Nuestra Historia* viene vertebrado por el dossier que lleva por título *Dimensiones transnacionales del comunismo italiano durante la Guerra Fría*, coordinado por tres especialistas Xavier María Ramos Diez-Astrain, Emanuele Treglia y Eduardo Abad García. Contiene cinco interesantísimos trabajos: Fabio Calè firma «*Dimitrov 1982: identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas españoles, italianos y portugueses*». Este texto se centra en la figura del mitificado dirigente búlgaro George Dimitrov con ocasión de las conmemoraciones celebradas en torno a la celebración del centenario de su nacimiento. Otro aniversario relata «Sí, sí, sí... ¡Dolores a Roma!» El PCI y el PCE en la Transición y el mito global de Pasiónaria», de Mauro B. Milano, dónde este autor analiza en profundidad el homenaje por el 80º cumpleaños de Dolores Ibárruri organizado en Roma por el PCI en 1975. Un contenido más teórico es la aportación de Alexander Höbel «El eurocomunismo, las transforma-

ciones del Estado, la cuestión de la democracia», en la que analiza la evolución del pensamiento del PCI sobre dos conceptos cruciales en la estrategia comunista: el Estado y la democracia. Por su parte, Andrea Della Polla en «*Respuestas comunistas italianas y francesas al Informe Brandt*» estudia el impacto que tuvo para el PCI y el PCF el informe del excanciller alemán y líder de la Internacional Socialista Willy Brandt. Cierra el dossier «*De lo nacional a lo vecinal: las fiestas de l'Unità y su impacto territorial (1945-1991)*», del asturiano Daniel Sierra Suárez, quien reflexiona —más allá de lo estrictamente festivo— centrándose en su capacidad para vertebrar las organizaciones territoriales y reafirmar la identidad militante.

Lenin y Kairós es el Estudio de este número, firmado por el profesor de la Mid Sweden University, Roland Anrup. En su artículo examina los escritos de Lenin y trata de mostrar cómo su discurso en la práctica dio forma a un concepto de coyuntura que significó una revolución teórica en lo concerniente a la interpretación realizada por Lenin sobre las cambiantes coyunturas de las revoluciones rusas de 1917, donde el *chronos* se convierte en *kairós*, el principio de contingencia y oportunidad. Su análisis concreto se centra en los desplazamientos de las fuerzas sociales y políticas a lo largo del proceso revolucionario. Para él, la situación particular constituye, al mismo tiempo, la razón y la tarea; es la coyuntura la que plantea la cuestión específica que debe resolverse.

En la sección de *Entrevista*, el profesor David Ginard Féron conversa con Pere Gabriel, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1993, pionero en la investigación sobre el movimiento obrero, con su *El Moviment obrer a Mallorca (1973)*.

Por su parte, en *Nuestros Clásicos* recuperamos un interesante artículo de uno de

los especialistas más destacados sobre la Revolución francesa, Albert Soboul: «*Aspectos políticos de la democracia popular en el año II*». Introduce al autor y comenta el texto, nuestro colaborador Joan Tafalla.

Respecto al apartado de *Lecturas*, en esta ocasión contamos con cinco reseñas. En «*Hacia una historia integral del dinero y la moneda en la Alta Edad Media*», Daniel Justo Sánchez reseña el trabajo de Rory Naismith, *Making Money in the Early Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 2023). En su recensión destaca el análisis exhaustivo sobre la evolución de las prácticas monetarias en Europa durante los primeros siglos de la Edad Media. «La revolución y nosotros que necesitamos pensarla tanto», de Fernando Broncano Rodríguez, hace lo propio con «Los pasados de la revolución. Los múltiples caminos de la memoria revolucionaria» de Edgar Straehle, Madrid, Akal, 2024. El hilo conductor del texto es una pregunta que se dirige a la vez a la historiografía y a la historia misma: ¿qué ocurre con las revoluciones cuando terminan? Por otra parte, Sergio Riesco Roche firma «*Un clásico del siglo XXI para entender la reforma agraria*», a su vez reseña «*La tierra es vuestra. La reforma agraria. Un problema no resuelto. España: 1900-1950*», Barcelona, Pasado y Presente, 2022, de Ricardo Robledo. En su análisis comparado, Riesco pone en valor un importante estudio sobre uno de los problemas de más graves consecuencias políticas y sociales de la España contemporánea. «La cárcel de Segovia como espacio referente de memoria», de Laura Bolaños Giner, reseña al *Memorial democrático de Segovia. La cárcel franquista (1936-1977)*, de Juan Carlos García Funes y Santiago Vega, editado por Foro por la Memoria de Segovia en 2025. Es un libro-catálogo que recoge todos los contenidos de la exposición permanente en nueve celdas de

la antigua cárcel de Segovia, por la que pasaron, entre otras, desde María Salvo o Manolita del Arco a Marcelino Camacho. Por último, «*Guerra de posiciones en la universidad: el PSUC y los estudiantes*», de Pablo Gil Valero, es reseña de Jordi Sancho Galán, «*El antifranquismo en la universidad: el protagonismo militante (1956-1977)*», Fundación Primero de Mayo y Catarata, Madrid, 2024. Narra el hundimiento del franquismo institucional en la Universidad, a partir de 1956 y el crecimiento hasta la hegemonía del PSUC en el ámbito universitario catalán.

Por último, la sección de Memoria contiene tres colaboraciones. Mayka Muñoz Ruiz y Susana Alba Monteserín, del Archivo Primero de Mayo de CCOO, firman la «*Cartografía de la Memoria Obrera en Madrid: recuperando lugares de memoria de las clases trabajadoras*». Se trata de una web en la que se identifican y visibilizan los emplazamientos donde los obreros de Madrid se reunieron, manifestaron y fueron represaliados por la dictadura. Miguel Á. Peña Muñoz escribe «*Del antifranquismo al Ayuntamiento: relaciones entre comunistas y cristianos en Córdoba*». Recopila y analiza la evolución del PCE cordobés durante el tardo franquismo y sus relaciones con los movimientos cristianos, que culminaron con el triunfo en las primeras elecciones municipales, en 1979, de la candidatura encabezada por el carismático Julio Anguita. Finaliza la sección y el presente número de *Nuestra Historia* con la habitual biografía. En este caso, el protagonista es el guerrillero asturiano Casto García Roza, al que su autor, Pablo Alcántara, añade «*pasado (y futuro?) héroe de España*», con un deseo que suscribimos, todas y todos quienes participaron en la guerrilla para combatir a la dictadura franquista tengan, al menos, el mismo reconocimiento con el que cuentan en Francia, como luchadores contra el fascismo.